

Traidores, conformistas y apasionados de la política.

Una nueva lectura de la Europa de entreguerras entre biografía, análisis del lenguaje e historia política¹

STEVEN FORTI

CEFID-Universitat Autònoma de Barcelona

En la historia de Occidente los traidores no han gozado nunca de buena reputación. Los ejemplos serían infinitos. Será suficiente recordar la *Divina Commedia* de Dante Alighieri. Judas, Bruto y Casio –el traidor de Jesús y los dos traidores y asesinos de Julio César– acaban devorados en el hielo del Cocito por el mismo Lucifer, mientras que Bocca degli Abati, un noble de Florencia que había traicionado a su facción –los güelfos– para pasar con todas sus armas a los adversarios –los gibelinos– en la batalla de Montaperti de 1260, se encuentra sepultado hasta el cuello en un lago congelado. El sumo poeta toscano no dudó ni un momento en considerar a la traición como el máximo pecado que se pueda cometer, confinando a los culpables de este pecado en el punto más bajo del Infierno. O sea suficiente pensar en cómo los historiadores de la Grecia clásica relataron los casos del tirano ateniense Hípias y del rey espartano Demarato, que acabaron colaborando con los persas, o en cómo la *vulgata* cristiana habló de los piratas que se convirtieron al Islam y se juntaron a la *jihad* musulmana en el Mediterráneo en los siglos XVI y XVII. Sencillamente unos renegados, unos apostatas, unos chaqueteros. En suma: unos traidores.

Al parecer los conformistas no tuvieron mejor suerte, al menos en lo que concierne a los relatos. Sus trayectorias no destacan como las de los traidores y sus vidas son mucho más grises. Encontramos prueba de ello en el personaje de Marcello Clerici, el protagonista de la novela de Alberto Moravia *Il Conformista* y de la homónima película dirigida por Bernardo Bertolucci. Marcello Cle-

¹ Rebut: 03-09-1012. Revisat: 04-02-2013. Acceptat: 09-05-2013.

rici es el mejor ejemplo literario de un conformista: un personaje sin color y sin pasiones, un funcionario fascista atrapado en la burocracia y en el respeto a la jerarquía, en busca de la normalidad a lo largo de toda su vida. Un hombre que se adapta a los eventos y que hace lo que parece lo más adecuado y lo más *normal* en una situación pública o privada.

La RAE nos confirma estas lecturas. El Diccionario de la lengua española define a la traición una «falta que se comete quebrantando la fidelidad o lealtad que se debe guardar o tener», mientras que el conformismo a una «práctica de quien fácilmente se adapta a cualquier circunstancia de carácter público o privado». Es decir, Judas quebrantó la fidelidad hacia Jesús, Bruto y Casio quebrantaron la lealtad hacia Julio César, Bocca degli Abati hacia los güelfos, Hípias y Demarato hacia atenienses y espartanos y John Ward hacia la reina de Inglaterra y la Europa cristiana, mientras que Marcello Clerici es el perfecto conformista pública y privadamente. Si nos remitimos al título de este artículo, más allá de traidores y conformistas, hemos hecho referencia a otra categoría, la de los apasionados de la política. Según la RAE un apasionado es alguien «poseído de alguna pasión o afecto» o un «partidario de alguien, o afecto a él», mientras que la pasión se puede considerar como una «perturbación o afecto desordenado del ánimo» o un «apetito o afición vehemente a algo». Si aplicamos estas definiciones a la política nos encontramos, en el mejor de los casos, en el terreno del idealismo romántico o de una violenta rebelión sin rumbo. Las pasiones serían algo irracional, incontrolable y en general negativo y solo a algunas mujeres que han luchado toda su vida se le concede la virtud de ser *pasionarias*, como en el caso de Dolores Ibárruri.

Judas, Bruto, Casio, Bocca degli Abati, Hípias, Demarato, John Ward y Marcello Clerici son una serie de personajes históricos, literarios o legendarios que poco tienen que ver el uno con el otro y que aparentemente poco tienen que ver con la cuestión que se trata en estas páginas. Todos ellos nos ayudan, de todas formas, a abordar una temática delicada de la historia política de la época contemporánea y sobre todo, pero no solamente, del complejo período de entreguerras.

TRAIDORES, CONFORMISTAS Y APASIONADOS DE LA POLÍTICA: ¿DE QUÉ ESTAMOS HABLANDO?

En la historia política de la primera mitad del siglo XX encontramos a un número no desdeñable de dirigentes políticos, de intelectuales y de militantes que pasaron de una familia política a otra. El término que se suele utilizar para definirlos es el de tráfugas. Según la RAE, un tráfuga es una «persona que pasa de una ideología o colectividad a otra» o un «militar que cambia de bando en tiempo de conflicto», matización que no es baladí citar en una época en que política y gue-

rra se han yuxtapuesto a menudo como explicó Carl Schmitt.² Tránsfuga es un término que lleva, o que ha adquirido con el tiempo, un juicio de valor negativo, comparable e intercambiable con el de chaquetero, oportunista o traidor. Y aquí está el *quid* de la cuestión. Nicola Bombacci fue un dirigente político de la Italia de la primera mitad del siglo XX que de conformista aparentemente no tuvo nada. Bombacci fue un revolucionario *ottocentesco* impregnado de las grandes ideologías del siglo XX: el anticonformista por antonomasia, antes socialista, luego comunista y al final fascista. Lo mismo puede decirse de Óscar Pérez Solís, militar de carrera que abrazó el anarquismo, luego el socialismo y más tarde el comunismo para acabar, después de la conversión al catolicismo, como propagandista falangista. Nada que ver con el Marcello Clerici de la novela de Moravia. O ¿el conformismo es también adaptación a los tiempos? Y entonces, ¿en sus aparentemente zigzagueantes trayectorias, son justamente Bombacci y Pérez Solís los que acaban siendo los conformistas por antonomasia, sin por eso tener que ser unos oportunistas? La pregunta puede parecer extravagante, pero quizás no lo es tanto y nos puede ayudar a recomponer las piezas de este rompecabezas hecho de traidores, conformistas y apasionados de la política.

El conocimiento de los casos de tránsito de militantes de una familia política a otra es muy complicado mientras que para los casos de los dirigentes políticos y de los intelectuales, al menos de manera superficial, podemos llegar bastante fácilmente a conocer la cantidad y la tipología. El caso más conocido es el de Benito Mussolini. ¿No resulta peculiar que el fundador del fascismo venga de las filas del socialismo revolucionario? Si el caso de Mussolini fuera una excepción la cuestión no merecería ser tratada extensamente, pero no parece ser este el caso. La trayectoria de Nicola Bombacci, que se ha citado anteriormente, es ejemplar en este sentido: secretario del Partido Socialista Italiano entre el final de la Gran Guerra y el bienio rojo, fundador del Partido Comunista de Italia con Gramsci, Terracini, Togliatti y Bordiga en 1921, representante de los comunistas italianos al funeral de Lenin en 1924, Bombacci se convirtió en propagandista de las conquistas del régimen fascista en la segunda mitad de los años treinta y acabó sus días fusilado a orillas del lago de Como con el mismo Duce y colgado por los pies en la gasolinera de Piazzale Loreto de Milano. A Mussolini y Bombacci podemos añadir varias decenas de nombres más. El teórico del sindicalismo revolucionario italiano Arturo Labriola decidió volver a Italia en 1935, después de casi una década de exilio, en defensa del régimen fascista contra los ataques extranjeros durante la guerra de Etiopía. El joven cuadro comunista galo Jacques Doriot rompió con la *Internacional Comunista* en 1934, fue el fundador del *Parti Populaire Français* dos años más tarde y acabó alistándose con las SS en la campaña de Rusia. En España tenemos el caso de Óscar Pérez Solís, nombrado más arriba, que abjuró del comunismo en 1928 y en 1936 fue el enlace de

² Carl Schmitt. *Le categorie del politico. Saggi di teoria politica*. Bolonia: Il Mulino, 1972.

los militares sublevados en Oviedo. El laborista británico Oswald Mosley fundó en 1932 *la British Union of Fascist*. El socialista belga Henri De Man, uno de los teóricos del «planisme» o «neo-socialismo», apoyó en un primer momento a la ocupación alemana de Bélgica. Si pasamos a los intelectuales, figuras como las de Pierre Drieu La Rochelle o Ernesto Giménez Caballero pueden ser explicativas de estos tránsitos, que no fueron solo unidireccionales, sino más bien —al menos en el caso de los intelectuales— zigzagueantes o de ida y vuelta, con una fuerte dosis de anticonformismo y de rebeldía a las categorizaciones como en los casos de Curzio Malaparte o Louis-Ferdinand Céline, entre otros.

Si ampliamos la mirada y nos ceñimos en otras etapas del siglo XX nos damos cuenta de que el tránsito de dirigentes políticos —y de intelectuales y militantes— de una familia política a otra, sobre todo en momentos de transición política, fue una problemática presente de forma constante en Europa. En lo que concierne al caso italiano resulta interesante el caso de los jóvenes intelectuales formados bajo el fascismo que pasaron a las filas comunistas y socialistas en la Italia republicana y el caso de cuadros del sindicalismo fascista y del fascismo de Saló que se incorporaron, después de la Resistencia, al PCI.³ Por lo que concierne el caso español cabe mencionar el itinerario político del filósofo Manuel Sacristán, que pasó del falangismo al comunismo en la España franquista, o el del falangista Dionisio Ridruejo, que en la última década del régimen de Franco llegó a un democraticismo social católico.⁴

Si nos acercamos más a la actualidad, por otro lado, no deja de ser interesante el fenómeno, común a la mayoría de los países de la Europa occidental, del tránsito a los partidos de la nueva derecha neoliberal de dirigentes políticos que militaron en los movimientos surgidos alrededor del 68 y durante los años setenta. En Italia y en España los ejemplos son numerosos, como muestran los casos de Giuliano Ferrara y Sandro Bondi, excomunistas que pasaron a las filas del berlusconismo, o de Josep Piqué y Federico Jiménez Losantos, que transitaron del antifranquismo al Partido Popular, por mencionar sólo algunos nombres.

¿Podemos entonces decir que la excepción se ha convertido en regla y que las que acaban siendo excepciones son las militancias sin cambios de chaqueta como las de Gramsci, Togliatti, Turati, Borghi, Thorez, Blum, Carrillo, Largo Ca-

³ Acerca del caso de los intelectuales, véase Luca La Rovere. «Los intelectuales italianos y la transición al posfascismo», *Ayer*, núm. 81 (2011), p. 109-143 e ID. *Gli intellettuali, i giovani e la transizione al postfascismo, 1943-1948*. Turín: Bollati Boringhieri, 2008. También Mirella SERRI. *I redenti. Gli intellettuali che vissero due volte. 1938-1948*. Milán: Corbaccio, 2005. Acerca del caso de los cuadros del sindicalismo fascista y del fascismo de Saló, véase Pietro Neglie. *Fratelli in camicia nera. Comunisti e fascisti dal corporativismo alla CGIL (1928-1948)*. Bolonia: Il Mulino, 1996 y Paolo Buchignani. *Fascisti rossi. Da Salò al Pci: la storia sconosciuta di una migrazione politica, 1943-1953*. Milán: Mondadori, 1998.

⁴ Para el caso de Ridruejo véase Francisco Morente Valero. *Dionisio Ridruejo: del fascismo al antifranquismo*. Madrid: Síntesis, 2006 y Jordi Gracia. *La vida rescatada de Dionisio Ridruejo*. Barcelona: Anagrama, 2008.

ballero y Pestaña, sólo mencionar algunos ejemplos en el heterogéneo mundo de las izquierdas hijas de Marx y de Bakunin? Ésta es claramente solo una pregunta retórica y provocadora. Lo que realmente nos interesa es demostrar cómo esta cuestión no es una quimera o algo insustancial, sino que merece ser estudiada superando los tópicos y las interpretaciones que los cronistas y, en la mayoría de los casos y salvo algunas excepciones, los historiadores han ofrecido en los últimos setenta años, como explicaremos en el próximo apartado. Es decir, el estudio del tránsito de cuadros políticos —y también de intelectuales y militantes— de formaciones políticas de izquierdas a organizaciones políticas y sindicales fascistas en la Europa de entreguerras es suficientemente importante, no solo o no tanto por conocer las trayectorias políticas de estos personajes, sino por poder intentar avanzar en la comprensión del origen, el desarrollo y la conformación del fenómeno fascista, así como para poder contestar a algunas preguntas sobre la historia y el pensamiento político del siglo XX que nos parece que no han tenido respuesta y que siguen siendo cruciales también para entender algunos fenómenos políticos de la actualidad.

Para avanzar en esta reflexión nos puede ayudar una consideración que ha formulado Wolfgang Schivelbusch en un reciente libro dedicado a los paralelismos entre los Estados Unidos de Roosevelt, la Italia de Mussolini y la Alemania de Hitler. El historiador alemán se preguntaba «¿Cómo se explica el amplio apoyo de que gozaron aquellos regímenes, al menos inicialmente?». Schivelbusch señala que «Las características que más tarde identificaron al totalitarismo (presión política hacia el conformismo, represión, terrorismo de Estado contra los disidentes, policía secreta y campos de concentración) no eran las que habían hecho deseables estos regímenes. La gente había estado seducida porque tenía la sensación de ser tratada de forma igualitaria sin ser ignorada, de no deber contar solo consigo misma, sino de gozar de la protección, de la seguridad y de la solidaridad de una comunidad nacional y no dividida en clases».⁵ La reflexión del historiador alemán no es para nada obvia: en la opinión pública actual y en ámbito historiográfico existe todavía una fuerte reticencia a aceptar la idea de que el fascismo en los años de entreguerras ejerció una notable fascinación para muchos hombres y muchas mujeres, de todas las clases sociales y de muchos países del viejo continente. Una fascinación poderosa, en muchos casos ligada a factores y elementos irracionales, que consiguió conquistar no solamente a la gente de la calle, las clases medias e importantes sectores del mismo proletariado, sino también a buena parte de la *intelligentsia* y de la clase política europea.

Los casos de los mal llamados tránsfugas son una demostración de todo esto. Una demostración absolutamente peculiar y también «incómoda», en un cierto sentido. Efectivamente, los ejemplos que se han puesto en el apartado anterior y que están en el centro de una investigación que hemos llevado a cabo en el

⁵ Wolfgang Schivelbusch. *3 New Deal*. Milán: Tropea, 2008, p. 21 [La traducción al castellano es mía].

último lustro⁶ se limitan a los dirigentes políticos provenientes de partidos de izquierda y no se ha ampliado a los dirigentes políticos provenientes de otras familias políticas. Incómoda, decíamos, porque es incómodo y difícil también admitir que importantes dirigentes del movimiento obrero se pasaron con armas y bagajes al fascismo y acabaron seducidos por la fascinación fascista, sin liquidarlos como unos traidores y unos chaqueteros. Resulta mucho más fácil repetir el estéril *refrain* del oportunismo, poniendo en ridículo a los varios Bombacci, Doriot y Pérez Solís, no tomándoselos en serio y contraponiendo a sus proclamas revolucionarias comunistas las declaraciones de fe fascista de la última época de sus vidas. O, como segunda opción, resulta todavía más fácil utilizar a estos personajes para demostrar tesis peligrosas y engañosas como la de los opuestos extremismos y la teoría del totalitarismo. Al fin y al cabo, rojos y negros no eran tan diferentes, parecen demostrar estos itinerarios políticos. Fascismo y comunismo no eran nada más que dos excesos —más similares de lo que se pensaba—, hijos de ideologías perversas y mortíferas, que solo la democracia liberal pudo vencer. Con esta lectura, el siglo XX se transforma en el siglo de la violencia y del terror, en que a los muertos se suman los muertos; a las persecuciones, los genocidios; a las víctimas, los verdugos; a los horrores de Dachau, los del Gulag.

Al contrario, pensamos que es mucho más fértil la línea interpretativa propuesta recientemente por Enzo Traverso y que consiste en «*volver a equilibrar la perspectiva histórica, dando otra vez visibilidad a los actores, tanto a los vencedores como a los vencidos, de las guerras y de las revoluciones. Ocultados por una memoria del siglo XX como edad del totalitarismo y de los genocidios (...) han conocido un eclipse y, desapareciendo, han llevado consigo algunas preciosas claves de lectura del siglo pasado*». Rechazando, al mismo tiempo, reducir la primera mitad del siglo XX «*a una catástrofe humanitaria o a un ejemplo del carácter malvado de las ideologías*», el historiador italiano subrayaría cómo «*No se trata de rechazar las virtudes cívicas del humanitarismo, sino sencillamente de reconocer que nuestra sensibilidad post-totalitaria tiene el riesgo de crear un equivoco*», transformando «*una categoría ético-política en una categoría histórica, si piensa que la condena moral de la violencia sea siempre válida y pueda sustituir su análisis y su interpretación*».⁷ También Alain Badiou se definió en contra de la visión del siglo XX como el siglo de la barbarie y del totalitarismo, poniendo de relieve que «*La inflación moral contemporánea hace que el siglo sea juzgado y condenado por parte de todos. No es que yo quiera rehabilitarlo: solo quiero pensarlo, y entonces organizar el ser-pensable*».⁸

⁶Véase la tesis doctoral titulada *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras* dirigida por los profesores Pere Ysàs Solanes y Luciano Casali y defendida el 28 de junio de 2011 en la Universitat Autònoma de Barcelona, en la cual se han estudiado los casos de tres países europeos: Italia, Francia y España.

⁷ Enzo Traverso. *A ferro e fuoco. La guerra civile europea, 1914-1945*. Bolonia: Il Mulino, 2007, p. 10, 11, 15. [La traducción al castellano es mía]

⁸ Alain Badiou. *Il Secolo*. Milán: Feltrinelli, 2006, p. 15. [La traducción al castellano es mía]

A la altura de 2013 creemos que ha llegado el momento de poder y deber proponer nuevas interpretaciones. Nada que ver con el revisionismo que desarrollaron entre finales de los años ochenta y mediados de los años noventa Ernst Nolte y Stéphane Courtois.⁹ Al contrario. Estas reflexiones quieren ser un primer paso hacia una nueva interpretación de la cuestión del tránsito de la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras, basándose en una útil mezcla integrada y coherente del estudio biográfico, el análisis del lenguaje político y la historia comparada en una perspectiva de historia de la política y del pensamiento político y, secundariamente, un primer paso para repensar el fenómeno fascista y la difícil y ambigua relación entre al marxismo y el nacionalismo y entre lo social y lo nacional en la teoría y en la práctica política. Unas cuestiones, no hace falta decirlo, que siguen estando al centro del debate político en el siglo XXI.

En las siguientes páginas se fijarán las bases para abordar esta cuestión. En primer lugar, se propondrá una panorámica sobre el fenómeno del tránsito de la izquierda al fascismo en tres países de la Europa mediterránea, como Italia, Francia y España. En segundo lugar, se repasará lo que la historiografía ha planteado hasta el momento sobre esta cuestión. En tercer y en cuarto lugar, se hablará de las fuentes que se han utilizado para estudiar esta temática y para intentar superar los análisis existentes que, como se acaba de poner de manifiesto, resultan limitantes bajo muchos puntos de vista, así como de una determinada propuesta metodológica. Finalmente, se presentarán unas conclusiones preliminares y se explicará la centralidad de la pasión política para poder entender estos tránsitos y la misma historia política del siglo pasado.

¿DE CUÁNTOS TRÁNSFUGAS HABLAMOS?

Los números nos ayudan a entender la envergadura del fenómeno. Solo para los tres casos nacionales estudiados –Italia, Francia y España– se han encontrado más de cincuenta dirigentes políticos de izquierdas de primera o de segunda fila, que entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial dejaron su familia política de origen para pasar a los movimientos fascistas que se crearon en estos tres países. Las dinámicas nacionales son lógicamente distintas, pero en el caso de estos tres países se nos muestran ciertas analogías para nada desdeñables, como la instauración de regímenes fascistas, aunque en tiempos y maneras diferentes. Los casos de estos dirigentes políticos son distintos como lo son sus vidas: comunistas, socialistas, sindicalistas revolucionarios, anarcosindicalistas o republicanos de izquierdas con diferencias en cuanto a orígenes, clase social, profesión, militancia.

⁹ Ernst Nolte. *La guerra civil europea, 1917-1945: nacionalsocialismo y bolchevismo*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994 y Stéphane Courtois (Ed.). *Le livre noir du communisme: crimes, terreur et répression*. París: Robert Laffont, 1997.

En muchos casos, los tránsitos responden a estas diferencias, pero cobran importancia las dinámicas similares. Así, nos encontramos con el heterogéneo grupo de los sindicalistas revolucionarios y anarcosindicalistas italianos —como Ottavio Dinale, Edmondo Rossoni, Tullio Masotti, Giovanni Bitelli, Livio Ciardi, Angelo Oliviero Olivetti, Michele Bianchi, Agostino Lanzillo, Massimo Rocca, Mario Gioda, Edoardo Malusardi, Maria Rygier, Leandro Arpinati— que siguieron a Mussolini ya en la elección intervencionista de la Gran Guerra y en la fundación de los Fasci di Combattimento en la Piazza San Sepolcro de Milán en marzo de 1919. O bien otros sindicalistas revolucionarios italianos que abrazaron el fascismo sólo después de la Marcha sobre Roma, como Walter Mocchi, Amilcare De Ambris, Alibrando Giovannetti, Nicola Vecchi y Pulvio Zocchi, o con la Guerra de Etiopía de 1935, como fue la experiencia de Arturo Labriola. En el caso de Italia nos cruzamos también con algunos dirigentes políticos comunistas de cierta envergadura que venían del maximalismo (el ya citado Bombacci, Ezio Riboldi, Mario Malatesta, Antonio Di Legge), junto con jóvenes militantes que se afiliaron directamente al PCd'I o que pasaron muy rápidamente por el PSI (Angelo Scucchia, Eros Vecchi, Giovanni Guidi); también con algunos dirigentes políticos socialistas que pasaron al fascismo sin incorporarse al *Partido Comunista* (Alberto Malatesta, Giovanni Martini, Silvio Barro), o bien después de una etapa breve y con pocas responsabilidades (Ercole Bucco).¹⁰

En Francia encontramos también a una especie de grupo compacto, el de los comunistas franceses cercanos a Jacques Doriot, como Paul Marion, Henri Barbé, Pierre Célor, Marcel Marschall, Alexandre Abremski, Victor Barthélemy, Victor Arrighi, Paul Guitard, Jean Fontenoy, Pierre Dutilleul, François Chasseigne y Camille Fégy, que siguieron al alcalde de Saint Denis cuando dejó el PCF y fundó el PPF en junio de 1936. Otros comunistas como el líder político de Marsella Simon Sabiani o como Maurice Laporte, uno de los primeros dirigentes del PCF después de la escisión de Tours, se incorporaron al PPF a finales de los años treinta. La deriva fascista en la Francia de entreguerras no tocó solamente al *Partido Comunista Francés*, sino también a otros partidos y movimientos de la izquierda gala. El caso de Marcel Déat es sintomático de un tránsito de cuadros socialistas al fascismo, pasando por el neo-socialismo, y un determinado intento de revisión del marxismo, bajo la influencia del «planisme». Las ambiguas trayectorias de Barthélemy Montagnon y Adrian Marquet son otros dos testimonios de esta tipología de tránsito. El caso de Gaston Bergery es ejemplar de las derivas de cuadros radicales: no fueron pocos los «jeunes turcs» que acabaron colaborando activamente con los alemanes durante la ocupación, como demuestran los itinerarios políticos de Jean Luchaire, Bertrand de Jouvenel o Pierre Drieu

¹⁰ Una primera reflexión se puede encontrar en Steven Forti. «Tránsfugas. Un análisis biográfico de la cuestión del tránsito de la izquierda al fascismo en la Italia de entreguerras», a Pere Ysàs Solanes (ed.). *Europa, 1939. L'any de les catàstrofes. Actes del Congrés* [CD-ROM]. Barcelona, CEFID-UAB, CCCB, Fundació Carles Pi i Sunyer, 2009.

La Rochelle, entre otros. Los «extraños casos» de Gustave Hervé —socialista antimilitarista que se convirtió a la causa patriótica durante la Gran Guerra y fue un admirador del fascismo y un seguidor de Pétain en las dos décadas siguientes— y de Georges Valois —sindicalista revolucionario de principios de siglo, fundador de *Le Faisceau* en 1925 y miembro de la resistencia a los alemanes hasta la muerte en Bergen-Belsen en febrero de 1945— tienen en cambio unas dinámicas absolutamente singulares.

En el caso de España hay menos ejemplos de este tipo de figuras s respecto a la experiencia francesa o italiana, entre otras razones por la ruptura brutal que representó la Guerra Civil española. Dos cosas resultan sintomáticas: los casos de tres de los fundadores de los dos Partidos Comunistas que se constituyeron en España en 1920 y 1921 (Ramón Merino Gracia, Óscar Pérez Solís y Mariano García Cortés), los de la militancia juvenil comunista y/o libertaria de muchos de los colaboradores de *La Conquista del Estado* y del primer núcleo de las JONS (Ramiro Ledesma Ramos, Santiago Montero Díaz, Francisco Guillén Salaya, José Guerrero Fuensalida, Luis Ciudad, Nicasio Álvarez de Sotomayor, Pascual Llorente, Carlos Riva, Manuel Mateo, Francisco Mateos González, Ramón Iglesias Parga y Juan Aparicio López), o de la militancia socialista como en el caso de Gerardo Salvador Merino, un importante cuadro del primer franquismo, en calidad de delegado nacional de los sindicatos falangistas entre 1939 y 1941. Encontramos también otras trayectorias que no dejan de ser interesantes como la del joven comunista madrileño Enrique Matorral, que pasó a los sindicatos católicos de derechas en 1934, la del republicano de izquierdas Joaquín Pérez Madrigal que en 1936 pasó a la CEDA y con el estallido de la guerra se incorporó rápidamente en el bando de los sublevados y, finalmente, la de la dirigente socialista Regina García García, que se convirtió al catolicismo después del dramático encarcelamiento en la cárcel madrileña de las Ventas.

¿QUÉ HA DICHO LA HISTORIOGRAFÍA HASTA HOY?

Una investigación que quiere plantearse el estudio del tránsito de la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras se encuentra con un primer problema: la falta de trabajos que abordan esta cuestión. Hasta el día de hoy no existen investigaciones que se han planteado una reflexión que vaya más allá del caso individual, aunque en un solo contexto nacional, aparte de dos importantes excepciones como la de Burrin y la de Sternhell, de las cuales hablaremos en las próximas páginas.

En Italia en la segunda mitad de los años sesenta los primeros estudios sobre el sindicalismo revolucionario, el intervencionismo en la guerra de 1914-1918, la experiencia de Fiume y la biografía de Mussolini pusieron de manifiesto que un número no desdeñable de cuadros dirigentes de la izquierda revolucionaria

del periodo anterior a la Gran Guerra habían tenido un papel para nada secundario en la formación y en los orígenes del movimiento fascista, empezando justamente por el propio Duce.¹¹ Se publicaron las biografías de algunos de estos personajes, como Arturo Labriola y Ottavio Dinale, pero centrando la atención en los años de militancia en la izquierda y dejando completamente olvidada la cuestión del tránsito y de los años de militancia en el movimiento fascista.¹² Fue Renzo De Felice quien profundizó en esta línea sobre todo a través de su monumental biografía de Mussolini y también estimulando a principios de los años ochenta las investigaciones de dos de sus discípulos, Francesco Perfetti y Guglielmo Salotti. El primero se centró en la trayectoria de Angelo Oliviero Olivetti, mientras que el segundo, después de estudiar la vida de un sindicalista *sui generis* como Giuseppe Giulietti, se centró en el itinerario de Nicola Bombacci, que en los mismos años estaba siendo estudiado por Serge Noiret, discípulo de Roberto Vivarelli.¹³ A estos trabajos no siguieron otras investigaciones, ni tampoco una reflexión general. Al contrario, se hizo patente una vulgarización banalizante de estas trayectorias, sobre todo en el caso de Bombacci, con publicaciones que no aportaron nada nuevo más allá de estereotipizaciones e imprecisiones históricas que se repetían sin fundamento alguno,¹⁴ aparte de un estudio sobre el caso de los anarquistas que abrazaron el fascismo.¹⁵

¹¹ Sobre todo, Enzo Santarelli. *Storia del movimento e del regime fascista*. Roma: Editori Riuniti, 1967; Renzo De Felice, *Mussolini il rivoluzionario, 1883-1920*. Turín: Einaudi, 1965; Id. *Sindacalismo rivoluzionario e fumanesimo nel carteggio De Ambris-D'Annunzio: 1919-1922*. Brescia: Morcelliana, 1966; Roberto Vivarelli. *Il dopoguerra in Italia e l'avvento del fascismo (1918-1922)*. Vol. I: *Dalla fine della guerra all'impresa di Fiume*, Nápoles, Istituto italiano per gli studi storici, 1967; Ferdinando Cordova. *Arditi e legionari dannunziani*. Padua: Marsilio, 1969; Mario Isnenghi. *Il mito della grande guerra*. Bari: Laterza, 1970; Alessandro Roveri. *Dal sindacalismo rivoluzionario al fascismo. Capitalismo agrario e socialismo nel Ferrarese, 1870-1920*. Florencia: La Nuova Italia, 1972.

¹² Alceo Riosa. «Ottavio Dinale e le lotte agrarie nel modenese, 1901-1906», *Nuova Rivista storica*, núm. 53 (1969), p. 677-705; Dora Marucco. *Arturo Labriola e il sindacalismo rivoluzionario in Italia*. Turín: Einaudi, 1970.

¹³ Renzo De Felice. *Mussolini*. Turín: Einaudi, 1965-1997, 4 vol.; Angelo Oliviero Olivetti. *Dal sindacalismo rivoluzionario al corporativismo*. Con una introducción de Francesco Perfetti. Roma: Bonacci, 1984; Guglielmo Salotti. *Giuseppe Giulietti. Il Sindacato dei marittimi dal 1910 al 1953*. Roma: Bonacci, 1982 y *Nicola Bombacci da Mosca a Salò*. Roma: Bonacci, 1986, del mismo autor más recientemente G. Salotti. *Nicola Bombacci. Un comunista a Salò*. Milán: Mursia, 2008) y Serge Noiret, *Massimalismo e crisi dello stato liberale. Nicola Bombacci (1879-1924)*. Milán: Franco Angeli, 1992.

¹⁴ El caso de Bombacci es sintomático, por cuanto cuenta con cuatro publicaciones banalizantes y/o hagiográficas, tres de las cuales han aparecido a lo largo del último bienio, sobre su trayectoria. Véase, Arrigo Petacco, *Il comunista in camicia nera. Nicola Bombacci tra Lenin e Mussolini*. Milán: Mondadori, 1996; Giancarlo Mazzuca y Luciano Foglietta. *Sangue romagnolo. I compagni del Duce. Arpinati, Bombacci, Nanni*. Bologna: Minerva, 2011; Daniele Dell'Orco. *Nicola Bombacci, tra Lenin e Mussolini*. Cesena: Historica, 2012; Claudio Cabona. *Nicola Bombacci. Storia e ideologia di un rivoluzionario fascio-comunista*. Génova: Liberodiscrivere, 2012.

¹⁵ Alessandro Luparini. *Anarchici di Mussolini. Dalla sinistra al fascismo, tra rivoluzione e revisionismo*. Montespertoli: MIR Edizioni, 2001.

El caso francés es diferente del italiano y nos ha ofrecido un debate mucho más rico. Los estudios de principios de los años ochenta sobre la derecha revolucionaria en la Francia de las décadas anteriores a la Primera Guerra Mundial y aquellos dedicados a la *mélange* entre izquierda y derecha en los años de entreguerras del historiador israelí Zeev Sternhell, fueron un verdadero terremoto para la historiografía y la sociedad francesa. Hasta el punto de que se habló de una *querelle* Sternhell marcada por la tesis de la «alergia francesa» al fascismo desarrollada por la escuela de l'Institut d'Études Politiques de París.¹⁶ Las interpretaciones de René Rémond, Serge Berstein, Jacques Juilliard, Michel Winock y con mucha más sutileza Pierre Milza y Philippe Burrin tenían el objetivo de «lavar lo esencial de la derecha radical de cualquier suposición de parentesco o de cercanía con los fascismos «auténticos», afirmando «la alteridad fundamental, el carácter extranjero, externo al universo político y cultural de la sociedad francesa» del fascismo, como explicó Michel Dobry.¹⁷

Sin embargo, el debate sobre la presencia de gérmenes de fascismo en la patria de la Revolución favoreció el estudio de la cuestión del tránsito de cuadros políticos y de intelectuales de izquierdas a organizaciones fascistas en los años veinte y treinta y de la cuestión de la colaboración de los mismos con el régimen de Vichy y el proyecto del nuevo estado petainista. En la segunda mitad de los años ochenta, Philippe Burrin desarrolló una de las más sugerentes teorías interpretativas sobre el fascismo en Francia introduciendo el concepto del fascismo como un «campo magnético». Esto le llevó a investigar los casos de las derivas fascistas de dirigentes provenientes del heterogéneo mundo de las organizaciones de izquierdas, como el comunista Doriot, el socialista Déat y el radical de izquierdas Bergery, iluminando un ángulo de sombra de la historia francesa e impulsando una serie de investigaciones biográficas sobre otros dirigentes que tuvieron una trayectoria similar, como los ya citados casos de Sabiani, Laporte, Marquet, Hervé, Valois.¹⁸ Al tiempo que llevaría a cabo unas primeras aproxi-

¹⁶ Zeev Sternhell. *La Droite révolutionnaire, 1885. 1914. Les origines françaises du fascisme*. París: Seuil, 1978; Id. *Ni droite ni gauche. L'idéologie fasciste en France*. París: Seuil, 1983.

¹⁷ Michel Dobry. «La thèse immunitaire face aux fascismes. Pour une critique de la logique classificatoire», a M. Dobry (Ed.). *Le mythe de l'allergie française au fascisme*. París: Albin Michel, 2003, p. 21, p. 22 y p. 26. [La traducción al castellano es mía]

¹⁸ Véase, Philippe Burrin. *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery 1933-1945*. París: Seuil, 1986; Jean-Paul Brunet. *Jacques Doriot. Du communisme au fascisme*. París: Balland, 1986; David Saint-Pierre. *Maurice Laporte, une jeunesse révolutionnaire: du communisme à l'anticommunisme (1916-1945)*. Les Presses de l'Université Laval, 2006; Paul Jankowski. *Communism and Collaboration. Simon Sabiani and Politics in Marseille (1919-1944)*. New Haven-Londres:YAP, 1989; Reinhold Brender. *Kollaboration in Frankreich im Zweiten Weltkrieg. Marcel Déat und das Rassemblement national populaire*. Munich: Oldenbourg, 1992; Jean-Paul Cointet. *Marcel Déat: du socialisme au national-socialisme*. París: Perrin, 1998; Pierre Brana y Joëlle Dusseau. *Adrien Marquet, du socialisme à la collaboration*. Anglet: Atlantica, 2001; Hubert Bonin, Bernard Lachaise y Françoise Taliano-Des Garets. *Adrien Marquet. Les dérives d'une ambition. Bordeaux, Paris, Vichy (1924-1955)*. Burdeos: Confluences, 2007; Gilles Heuré. *Gustave Hervé. Itinéraire d'un provocateur. De l'antipatriotisme au pétainisme*. París: La Découverte, 1997; Michael B. Loughlin. «Gusta-

maciones a temáticas más amplias, como la del inconformismo de los intelectuales de entreguerras y la de las nuevas generaciones hijas de la Gran Guerra.¹⁹ El estudio de Burrin y la última entrega de la investigación de Sternhell son las aportaciones más interesantes existentes en la actualidad.²⁰ Lamentablemente, en los veinticinco años siguientes tampoco en la historiografía francesa se ha profundizado en la dirección marcada por estos dos trabajos.

Es totalmente diferente a los dos anteriores el caso español. Hasta hoy no se ha prestado la más mínima atención a la cuestión, si se exceptúan la valiente investigación de Xosé Manoel Núñez Seixas sobre Santiago Montero Díaz y un ensayo de Antonio Rivera sobre Óscar Pérez Solís.²¹ Más allá de estos dos autores, la tentativa de poner las bases de una investigación sobre el tránsito de la izquierda al fascismo en el periodo de entreguerras en España –y también en Italia y en Francia–, así como encontrar informaciones sobre la existencia de otros «tránsfugas», nos obliga a recurrir a obras de mayor alcance, que en muchos casos resultan imprecisas, como los diccionarios biográficos del movimiento obrero o las historias de los partidos y los movimientos políticos y sindicales hasta ahora publicadas, y necesariamente a las fuentes primarias, como se explicará más adelante.

¿QUÉ TIPO DE FUENTES?

Además de la metodología, creemos que la selección de las fuentes resulta una pieza clave para poder superar las barreras existentes hasta la actualidad en el estudio de esta cuestión. Teniendo en cuenta la relativa escasez de bibliografía secundaria sobre el tema abordado, la imposibilidad de entrevistar a los mismos protagonistas de estos tránsitos y a las personas de su entorno, se hace necesaria la búsqueda y la consulta de fuentes documentales primarias.

En primer lugar, para el análisis del lenguaje político resulta imprescindible la consulta de libros, opúsculos, artículos en periódicos y revistas e intervenciones

ve Hervé's Transition from Socialism to National Socialism: Another Example of French Fascism?», *Journal of Contemporary History*, núm. 36 (2001), pp. 5-39; Allen Douglas. *From Fascism to Libertarian Communism. Georges Valois against the Third Republic*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press, 1992; Yves Gauchet. *Georges Valois*. París: Harmattan, 2001.

¹⁹ Más allá del pionero estudio de Jean-Louis Loubet Del Bayle. *Les non-conformistes des années 1930*. París: Seuil, 1969, véase sobre todo Gilbert Merlio (ed.). *Ni gauche, ni droite: les chassés-croisés idéologiques des intellectuels français et allemands dans l'Entre-deux-guerres*. Talence: MSHA, 1995 y Olivier Dard. *Le rendez-vous manqué des relèves des années 30*. París: PUF, 2002.

²⁰ Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri. *Naissance de l'idéologie fasciste*. París: Fayard, 1989.

²¹ Xosé M. Núñez Seixas. *La sombra del César. Santiago Montero Díaz, una biografía entre la nación y la revolución*. Granada: Comares, 2012 y Antonio Rivera. «Oscar Pérez Solís. Del internacionalismo comunista al fascismo español», en Xosé M. Núñez Seixas y Fernando Molina Aparicio (Eds.). *Los heterodoxos de la patria. Biografías de nacionalistas atípicos en la España del siglo XX*. Granada: Comares, 2011, pp. 101-128.

en congresos, asambleas y reuniones de los dirigentes estudiados. Unas fuentes conservadas, por lo que concierne a los casos de Italia, Francia y España, esencialmente en la Biblioteca Nazionale Centrale di Firenze, la Bibliothèq̃ue National de France y la Biblioteca Nacional de España y, secundariamente, en la Bibliothèq̃ue de Documentation Internationale Contemporaine de Nanterre, la Biblioteca Nacional de Catalunya, la Hemeroteca Municipal de Madrid, la Fundación Pablo Iglesias de Alcalá de Henares y una larga serie de bibliotecas y fundaciones italianas, como la Biblioteca delle Civiche Raccolte Storiche y la Biblioteca de la Fondazione Giangiacomo Feltrinelli en Milán, las bibliotecas del polo universitario de Bolonia, la Biblioteca di Storia Moderna e Contemporanea y la Biblioteca Paolo Baffi en Roma, y las bibliotecas de una serie de fundaciones todas ubicadas en Roma: la Fondazione Istituto Gramsci, la Fondazione Lelio e Lisli Basso, la Fondazione Nevol Querci y la Fondazione Ugo Spirito.

En segundo lugar, el estudio de las biografías de estos dirigentes políticos comporta la consulta de otras fuentes primarias conservadas en archivos públicos y privados. En los casos analizados a lo largo de mi investigación, resulta necesaria la consulta de los archivos de los partidos políticos en los que estos dirigentes han militado como los archivos de los partidos comunistas: el Archivo del Partito Comunista Italiano (actualmente conservado en la Fondazione Istituto Gramsci de Roma); el Archivo Histórico del Partido Comunista de España (actualmente conservado en la Biblioteca Histórica Marqués de Valdecilla de la Universidad Complutense de Madrid); y los Archives du Parti Communiste Français (actualmente conservados en los Archives Départementales de la Seine-Saint-Denis en Bobigny). Más compleja es la consulta de los archivos de los partidos socialistas y de otras formaciones minoritarias de izquierdas de la primera parte del siglo XX, que en muchos casos han desaparecido. Por esta razón, resulta imprescindible la consulta de las fuentes policiales. En el caso italiano se trata de fondos como los del Casellario Politico Centrale, de la Polizia Politica, de la Segreteria Particolare del Duce, del Confino Politico y del Tribunale Speciale per la Difesa dello Statu, conservados en el Archivio Centrale dello Stato de Roma o, en el caso de dirigentes que vivieron parte de sus vidas en el exilio, de los fondos de las diferentes embajadas y consulados del Archivio Storico Ministero Affari Esteri de Roma. Para el caso francés y el caso español existen fondos similares en los respectivos archivos centrales, como los Archives Nationales de France y el Archivo General de la Administración español, que tiene su sede en Alcalá de Henares.

UNA NUEVA PROPUESTA METODOLÓGICA

Si el objetivo es entonces el de examinar realmente esta cuestión, pensamos que un tradicional estudio de la historia política de estos tres países o el estu-

dio de la biografía de uno o de más de uno de estos dirigentes políticos no es suficiente. Lo que proponemos y lo que hemos intentado ha sido, entonces, ir más allá de lo existente con unos riesgos implícitos notables, pero con la convicción de que era necesario encontrar una formulación nueva, capaz de tener en cuenta los nuevos avances de la historiografía, sin dejar de lado a los resultados conseguidos en las décadas anteriores. Lo que nos hemos propuesto ha sido una investigación que se desarrolla en tres niveles: estudio de biografías, análisis del lenguaje político e historia política y del pensamiento político con un enfoque comparado. Es decir, que la mirada con la cual se quiere observar la historia de Europa en los años de entreguerras tiene tres ejes fundamentales: la historia biográfica, la historia política y del pensamiento político y la historia comparada.

El primer nivel concierne a la investigación biográfica de los cuadros políticos que transitaron de la izquierda al fascismo a través de la consulta de fuentes documentales primarias. El enfoque biográfico intenta acercar a una cuestión particular y limitable la investigación, permitiendo una profundización del análisis y evitando simples generalizaciones deductivas. Teniendo en cuenta el debate europeo acerca de la naturaleza y el uso en la historiografía de la biografía, la prosopografía y las historias de vida, se puede plantear que a través de un sujeto es posible percibir y descifrar parte de la cultura de una época. Como apuntó Sergio Romano, el individuo llega a ser el único lugar histórico en el cual se dan encuentro, más allá de cualquier esquematismo historiográfico, todas las fuerzas económicas y morales que contribuyen a hacer la historia. Mientras que Franco Ferrarotti apuntó cómo el individuo no es nunca un individuo solitario, sino una síntesis, un signo cultural estenográfico.²² El personaje —anotó Serge Noiret— no tiene que ser «objeto sociológico sin nombre»: de tal manera, se deja espacio a lo particular, a lo individual, a la complejidad de factores a veces poco coherentes entre ellos que puedan explicar los comportamientos del personaje y, a continuación, localizar algunas características de la cultura de la época.²³ Estudiar la vida de un personaje puede ser la ocasión para deshacer nudos históricos más grandes que él mismo y con los cuales el personaje interactuó. La historia biográfica, a fin de cuentas, acaba encontrándose con la microhistoria, y hace posible un acercamiento ideal a la historia local y regional. El posible riesgo de un exceso de localismo y de una historia encerrada en su microcosmos desaparece debido a una perspectiva histórica comparada que se preocupa por tener en cuenta las dinámicas nacionales y europeas.

El segundo nivel concierne al análisis del lenguaje político. La peculiar trayectoria de los trófugas y el hecho de que la mayoría de ellos no fueron en absoluto unos teóricos, sino unos propagandistas, implica que una tradicional interpretación del pensamiento político no sería la adecuada. La búsqueda de una

²² Sergio Romano. «Biografía e storiografía», *Risorgimento*, núm. 1 (1981), p. 97; Franco Ferrarotti. *Storia e storie di vita*. Bari: Laterza, 1981.

²³ Serge Noiret. *Massimalismo e crisi...*, *cit.*, p. 21.

lógica implícita y de la evolución de un pensamiento no tendría una particular utilidad heurística para la investigación, más allá de confirmar la habitual condena moral de unos aparentes oportunistas y chaqueteros. Consideramos, por ello, necesario salir de un encasillamiento hecho *a posteriori* y según categorías inapropiadas, más allá de un estudio tradicional del pensamiento político y del discurso político, lo que se propone es un análisis de las palabras.²⁴

Entre los años setenta y ochenta del pasado siglo XX, Gareth Stedman Jones puso de relieve que el análisis del lenguaje tenía que ver tanto con la relación entre la sociedad, el lenguaje y la política, como con el estudio del contexto lingüístico en el cual se utiliza un término. Con el objetivo de devolver su importancia a la política, el historiador británico propuso también estudiar los cambios en el comportamiento político a partir de los cambios en el propio discurso político; es decir, estudiar la historia política a partir del análisis de la estructura discursiva del lenguaje político, explorando la relación sistemática entre términos y proposiciones del lenguaje. Así como plantearse las pertinentes consideraciones acerca de la relación entre mensaje y destinatario en el lenguaje político; o dicho de otra forma, la estrecha relación entre lo que se dice y a quién se dice, hasta el punto que tendría que concebirse como la construcción de una posible representación.²⁵

En aquellos mismos años, repensando críticamente las propuestas interpretativas del *linguistic turn* y sobre todo las reflexiones de Michel Foucault, también Roger Chartier y Lynn Hunt proporcionaron nuevas líneas para la investigación histórica del lenguaje político. Al plantearse superar la fractura entre historia de las subjetividades e historia de las estructuras, Chartier propuso volver a la noción de representación colectiva que, en su opinión, «*puede producir una historia cultural de lo social que tenga por objeto la comprensión de las figuras y de los motivos – o, para decirlo de otra forma, de las representaciones del mundo social – que, sin que los actores sociales sean conscientes de ello, traducen sus posicionamientos y sus intereses en su objetividad, y que, al mismo tiempo, describen la sociedad como ellos piensan que pueda ser, o como ellos quisieran que fuese*»²⁶. Mientras, en su ensayo sobre la Revolución Francesa, Hunt se centró en el momento y en la política, criticando los estudios anclados de forma prevaleciente en los orígenes y los resultados, y renovando el análisis del lenguaje político al proponer el estudio del «*discurso revolucionario como un texto al estilo de la crítica literaria*»: un estudio horizontal y no vertical, donde se presta atención a los discursos mismos de los revolucionarios. Según la histo-

²⁴ Fundamental resulta el enfoque propuesto por la revista *Mots. Les langages de la politique* y las reflexiones de Fabrice d'Almeida y Alceo Riosa. *Parole e mediazione. L'eloquenza politica nella società contemporanea. Francia e Italia a confronto*. Milán: Franco Angeli, 2004.

²⁵ Gareth Stedman Jones. *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*. Madrid: Siglo XXI, 1989.

²⁶ Roger Chartier. *La rappresentazione del sociale. Saggi di storia culturale*. Turín: Bollati Boringhieri, 1989, pp. 14-15. [La traducción al castellano es mía]

riadora estadounidense «*el lenguaje político no fue la sencilla expresión de una posición ideológica determinada por intereses sociales y políticos subyacentes. El mismo lenguaje contribuyó a configurar la manera en que se concebían aquellos intereses, y entonces el desarrollo de las ideologías. Dicho de otra forma, el discurso político revolucionario era retórica; era un instrumento de persuasión, una manera para reconstituir el mundo social y político*».²⁷

Las metodologías de análisis y las líneas de investigación propuestas por Stedman Jones, Chartier y sobre todo por Hunt resultan de particular utilidad para un estudio de la política y del lenguaje político en la Europa de entreguerras ceñido a la cuestión de los tránsfugas. Especialmente resulta de importancia capital la centralidad otorgada al «momento» —conjuntamente con la crítica de la genealogía de la cual escribió Foucault hablando de la «quimera del origen»—²⁸ y el análisis horizontal del lenguaje político propuestos por la autora estadounidense Lynn Hunt.

Más recientemente, Fabrice d'Almeida, poniendo de relieve cómo se había estudiado poco el lenguaje político, apuntó que «*el siglo XX fue el siglo de la palabra transformada en lenguaje. Todo debía permitir a las palabras encontrar las masas*.» El historiador francés subraya que «*El único poder del hombre político se encuentra en la capacidad de producir prosélitos, seguidores e imitadores, pero para poder hacer esto debe adaptarse a los códigos de comunicación de la lengua popular. Hablar con el pueblo implica hablar como el pueblo. En este sentido la historia del lenguaje implica la historia de las sociedades*». Así mismo, D'Almeida considera que con la Gran Guerra se acabó el paradigma retórico litúrgico y se abrió la etapa simbólico-mágica por lo que concierne a la propaganda política. Las nuevas elites políticas empezaron a compartir la idea de que era posible condicionar a las masas: la propaganda cambió de significado, alejándose de la retórica y la elocuencia y acercándose al símbolo y la reflexión condicionada. De la pedagogía y la liturgia, la propaganda pasó a repetir ininterrumpidamente las consignas del momento, inventando enemigos y utilizando las imágenes más negativas del adversario que se proyectaban en la sociedad. Uno de los efectos más evidentes, según d'Almeida, del encuentro de la sacralidad de tipo mágico con las masas concierne a la generalización y la extensión de la política a toda la sociedad: «*El lenguaje político pierde, entonces, las características de un lenguaje cultural para transformarse en una especie de superficial barniz del alma, que invade las relaciones privadas y vacía la conversación de su esencia. Se trata, pues, del triunfo del conformismo y del miedo a equivocarse, del temor de no decir lo que se debe decir*».²⁹ Una característica que resulta evidente en la transformación del lenguaje político de los tránsfugas.

²⁷ Lynn Hunt. *La Rivoluzione francese. Politica, cultura, classi sociali*. Bolonia: Il Mulino, 1989, p. 16, p. 32, p. 31. [La traducción al castellano es mía]

²⁸ Michel Foucault. «Nietzsche, la genealogía, la storia», en M. Foucault. *Microfísica del potere*. Turín: Einaudi, 1978, p. 34.

²⁹ Fabrice d'Almeida. «La trasformazione dei linguaggi politici nell'Europa del Novecento», en Maurizio Ridolfi (Ed.). *Propaganda e comunicazione politica. Storia e trasformazioni nell'età contemporanea*. Milán: Bruno Mondadori, 2004, pp. 25-39. [La traducción al castellano es mía]

Dos cosas más vale la pena poner de relieve acerca de la palabra en la política y de la propaganda. En primer lugar, la peculiaridad de la lengua fascista, producto de una serie interminable de mestizajes lingüísticos, y su capacidad de reutilizar palabras provenientes de otras tradiciones políticas, y, en segundo lugar, la importancia de la propaganda socialista de principios de siglo como modelo de referencia, la mayor fuerza de los opúsculos y de los artículos en los periódicos respecto a los libros y de la propaganda hablada respecto a la propaganda escrita.

Con el fin de llegar al reconocimiento de las palabras clave para un análisis del lenguaje político es imprescindible la lectura de las obras cruciales del pensamiento político de aquellas décadas. Las palabras de Kautsky, Lenin, Sorel, Weber, Pareto y Michels, entre otros, son el modelo de referencia para poder pensar y hacer política, debido a su planteamiento de cuestiones y, en algunos casos, su invención de «algo nuevo». Conjuntamente con estas obras capitales del pensamiento político del siglo XX, resulta indispensable el análisis de las referencias políticas e ideológicas más próximas a los tráfugas en algún momento de sus trayectorias y las referencias culturales constantes a lo largo de sus vidas. De esta manera, hemos detectado al menos tres palabras clave —partido, guerra y revolución—, las cuales están vigentes en toda la primera mitad del siglo XX y se ha intentado ver cómo fueron utilizadas por parte de los tráfugas. La importancia de estas palabras clave se ha medido a través de la comparación con otras palabras y otros sintagmas —trabajo, justicia social, nuevo orden, etc.—, que son también constantes en estas décadas y que en muchos casos resultan de capital importancia en el lenguaje político de estos dirigentes políticos. El objetivo de ello ha sido notar lo que queda y lo que se modifica (por sus propias razones) en el lenguaje político de estos dirigentes en el paso de la izquierda al fascismo. De hecho, el lenguaje político de exdirigentes del movimiento obrero, a través de la sustitución—sublimación de la categoría de «clase» con la de «nación», pone de manifiesto tanto la construcción de un discurso nacionalista a partir de la pertenencia a un partido político de la clase obrera, como la (re)construcción de una identidad de clase (obrero) en el marco de un régimen fascista y de su proyecto corporativista.

Finalmente, el tercer nivel es la historia política de los tres países con un enfoque comparado. Teniendo en cuenta lo que se ha planteado en la explicación de los precedentes niveles de la investigación (descomposición de las biografías de los personajes estudiados y análisis del lenguaje político prestando atención al contexto europeo de entreguerras), es imprescindible el conocimiento del contexto político, social, cultural y económico de los países estudiados, con una atención particular a la evolución de los partidos políticos, a la circulación y el arraigo de las ideas y del pensamiento político.

«CLASE» Y «NACIÓN»:

UNAS CONCLUSIONES PRELIMINARES SOBRE LAS DERIVAS FASCISTAS

En las páginas anteriores, de una forma necesariamente sintética, se han explicado las bases de la investigación que se ha llevado a cabo en el último lustro y que se ha concretado en la tesis doctoral titulada *El peso de la nación. Nicola Bombacci, Paul Marion y Óscar Pérez Solís en la Europa de entreguerras*. En éste apartado se quieren exponer unas primeras conclusiones acerca de la *vexata quaestio* del tránsito de dirigentes políticos de la izquierda al fascismo en la Europa de entreguerras. Se trata de unas conclusiones preliminares, en el sentido que se refieren a una comparación limitada esencialmente a tres casos de transfuguismo —el del italiano Bombacci, del francés Marion y del español Pérez Solís— dentro de los tres casos nacionales analizados, y que deberían comprobarse también en otros contextos nacionales que han mostrado la existencia de un número no desdeñable de casos de transfuguismo en los años de entreguerras, como el de Alemania, Bélgica e Inglaterra, entre otros.

Volvamos entonces a la pregunta que formuló Wolfgang Schivelbusch y que hemos citado al comienzo de este artículo: «¿Cómo se explica el amplio apoyo de que gozaron aquellos regímenes, al menos inicialmente?» El estudio de la cuestión del paso de dirigentes políticos de formaciones políticas de izquierda a organizaciones fascistas es una demostración más de la peculiar naturaleza del fascismo y de lo que George L. Mosse definió como el «mito fascista», basado en la mística patriótica, las tradiciones revolucionarias y dinámicas, y la continuación de la experiencia bélica en tiempos de paz. El historiador alemán puso de manifiesto cómo el mito fascista incluía también contiene residuos de ideologías y actitudes políticas anteriores, muchas de las cuales son contrapuestas a las tradiciones fascistas. Aquel fue un organismo parasitario, que intentó apropiarse de todo lo que había fascinado a la gente entre el siglo XIX y el siglo XX: romanticismo, liberalismo y socialismo, y también darwinismo y tecnología moderna.

Los tránsfugas son una perfecta ejemplificación de tal acción de recuperación del fascismo y de su naturaleza ambivalente y ecléctica.³⁰ Estudiar la trayectoria política y el lenguaje político de estos personajes debería representar una tesela más para reconstruir el mosaico fascista y su inmensa —y hoy en día casi incomprendible— capacidad de convencer y vencer, no solo con la violencia, la represión y el control más o menos totalitario de la sociedad, sino también, y probablemente sobre todo, ofreciendo un proyecto poliédrico que podía adaptarse a tiempos y lugares diferentes. En la Europa de entreguerras, los fascismos supieron responder a una buena parte de las demandas de una sociedad en búsqueda de seguridad y certezas: en un mundo dominado por la industrialización y el

³⁰ George L. Mosse. *L'uomo e le masse nelle ideologie nazionaliste*. Roma-Bari: Laterza, 1999, p. 172. [La traducción al castellano es mía]

capital, desconcertado por la tragedia de la Primera Guerra Mundial, la revolución bolchevique y la crisis de 1929, la propuesta fascista de reconstrucción de la sociedad burguesa sobre nuevas bases y la idea de la reorganización del capitalismo –tanto mediante el sistema corporativo como mediante la superación del concepto de clase a través de la *Volksgemeinschaft*– resultó fascinante.³¹ La realidad desmontó gran parte de lo que los fascismos propusieron y propagaron, pero, como señaló Gianpasquale Santomassimo, «la diferencia entre grandilocuencia del mito e insignificancia de las realizaciones prácticas» no borra el hecho de que «aquel mito ejerció una influencia de grandísima importancia».³² Es decir, los mitos del fascismo convencieron, fascinaron y atemorizaron a millones de personas.

Los tráfugas, sin embargo, no son sólo la comprobación de que el fascismo supo convencer y asimilar a vastos sectores de la sociedad y de la misma clase política –hasta una parte no desdeñable de sus enemigos– en la Europa de entreguerras, son también el ejemplo de cómo el fascismo construyó este mito y este proyecto poliédrico. Los tráfugas y, especialmente Bombacci, Marion y Pérez Solís, representan unos ejemplos del efecto de la propaganda fascista y su reelaboración y de cómo en tres contextos nacionales distintos un sujeto recibió y aceptó esta propaganda y de cómo este sujeto la reelaboró, convirtiéndose en un productor y un agente activo. Por supuesto, hay diferencias en estos casos, pero las analogías son numerosas y las dinámicas tienen muchos puntos de contacto, y se rompen así dos tópicos de la historiografía occidental: la idea de que la historia de cada nación es única e irrepetible –y que la comparación con otros contextos nacionales demuestra la singularidad de cada Estado–nación en la época contemporánea– y la opinión de que, respecto a otras familias políticas, se puede difícilmente agrupar el fascismo bajo una categoría interpretativa general. Probablemente no se equivocaba Ricardo Chueca cuando, hace unos treinta años, acuñó la fórmula «Cada país da vida al fascismo que necesita».³³

Los casos de Bombacci, Marion y Pérez Solís son la demostración de las diferentes maneras mediante las que se llegó al fascismo en contextos nacionales distintos, en los cuales era diferente la influencia de las varias culturas políticas. Bombacci, Marion y Pérez Solís representan tres diversas derivas fascistas para tres contextos nacionales diferentes. En su paso del comunismo al fascismo, Nicola Bombacci representa una modalidad de tránsito sin intermediaciones, que puede considerarse ejemplar para el caso italiano; mientras que Paul Marion y Óscar Pérez Solís, que llegaron al fascismo a través de la mediación del neosocialismo

³¹ Emilio Gentile. *Le origini dell'ideologia fascista (1918-1925)*. Bari: Laterza, 1975; Ferran Gallego. *De Múnich a Auschwitz. Una historia del nazismo, 1919-1945*. Barcelona: Plaza & Janés, 2001; Charles S. Maier. *Recasting Burgeois Europe. Stabilization in France, Germany and Italy in the decade after World War I*. Princeton: PUP, 1975.

³² Gianpasquale Santomassimo. *La terza via fascista. Il mito del corporativismo*. Roma: Carocci, 2006, p. 17 y p. 11. [La traducción al castellano es mía]

³³ Citado por Luciano Casali. *Franchismo. Sui caratteri del fascismo spagnolo*. Bologna: CLUEB, 2005.

y del catolicismo, pueden considerarse también como unos modelos del tránsito de la izquierda al fascismo en Francia y España, respectivamente.

Ahora bien, ¿existen, entonces, más allá de las obvias diferencias, unas analogías entre los casos de Bombacci, Marion y Pérez Solís? Y si existen, ¿cuáles son entre estas tres distintas derivas fascistas? Las propuestas interpretativas que Philippe Burrin avanzó hace un cuarto de siglo para el caso francés resultan sin duda un punto de referencia imprescindible. La idea de la existencia de algunas «pasarelas» hacia el fascismo no la confirma solo el caso de Marion, sino también los casos de Bombacci y Pérez Solís. Los tres elementos considerados por Burrin como pasarelas hacia el fascismo durante una crisis nacional y/o durante una disidencia (principios de organización y métodos políticos; valores irracionales; valores ideológicos) se encuentran en estos tres casos y, aparte de unas pasarelas, se convierten en unos elementos presentes durante toda su vida. Para estos tres casos y para las otras trayectorias humanas y políticas estudiadas en los contextos nacionales italiano, francés y español se trata esencialmente de cinco elementos:

a) El valor otorgado a la acción, el dinamismo y la praxis, que se presenta como forma de incesante activismo político desde el punto de vista personal, como concepción de la política misma y también de la idea del fascismo concebido como dinamismo, como un *continuum* en transformación.

b) El valor otorgado a las minorías, las élites y las vanguardias revolucionarias, muchas veces acompañado de una idea fuertemente negativa del pueblo y las masas y que, en general, se une con un cierto gusto por el autoritarismo y la autorreferencialidad, cuestiones que derivan directamente de la Gran Guerra y su violencia.

c) Una fe inquebrantable en la revolución, característica que se yuxtapone a la política concebida como acción.

d) La presencia constante de enemigos comunes, como la democracia liberal, el parlamentarismo, la burguesía y el capitalismo.

e) La importancia de una concepción del mundo antimaterialista, fuertemente idealista y en determinados momentos claramente religiosa.

A estos cinco elementos cabe añadir un sexto elemento, absolutamente central: la nación. Sin este factor no es posible concebir el tránsito que un número para nada desdeñable de dirigentes políticos de la primera mitad del siglo pasado realizó de la izquierda al fascismo. La sustitución del concepto de clase (pero no solamente del concepto, también de la categoría interpretativa y de la palabra misma) por el concepto de nación en el pensamiento y el lenguaje político es un punto imprescindible para que se pueda aceptar el fascismo, como opción política y como ideología. La nación es un peso que dobla la espalda de Bombacci, Marion y Pérez Solís. Bombacci lo explicó muy bien en una de sus primeras declaraciones de fe fascista, a finales de 1935:

«Ieri nell'amore per l'umanità sofferente avevo fuso quello del mio Paese, sicuro di arrivare più spedito alle conquiste necessarie al progresso civile, oggi –illuminato dalla

*sublime esperienza del regime fascista e dal magnifico esempio di Mussolini— riconosco che il processo dev'essere capovolto. Non la classe ma la Nazione e fra queste, l'Italia che è guida e maestra».*³⁴

No es casualidad que Bombacci recuperase la experiencia de Mussolini, que fue el primer tráfuga de la historia política italiana. Entre los personajes que se han recordado anteriormente no fueron pocos los que acabaron cegados por el mito de la nación con el estallido de la Primera Guerra Mundial. Otros abrazaron este mito más tarde, con el fascismo ya consolidado en el poder, y en muchos casos cuando la nación estaba amenazada o (aparentemente) en peligro, como durante la guerra de Etiopía. Pero la cuestión es mucho más compleja y no es fácil deshacer un nudo de estas dimensiones. En 1942, por ejemplo, Bombacci escribió que «*Il mio socialismo non fu mai antinazionale*».³⁵ Más allá de las reconstrucciones que un sujeto hace de su propio pasado político, Bombacci no se alejaba del punto clave de toda la cuestión. Es decir, ¿cómo se concebía la relación entre socialismo y nación y entre socialismo y patria en la primera mitad del siglo XX? Y, más precisamente, ¿cómo concebían la nación estos dirigentes políticos antes del abandono del socialismo y del comunismo? ¿Existía una insuperable contradicción entre internacionalismo proletario y nacionalismo? Y si existía, ¿hasta que punto?

Aunque se haya criticado mucho, y aunque en algunos puntos se pueda haber excedido con la historia de las ideas, creemos que Zeev Sternhell delimitó el *quid* de la cuestión. Hablando de los sindicalistas revolucionarios italianos entre la guerra de Libia y la Gran Guerra, el historiador israelí subrayó la conexión entre los conceptos de revolución, guerra y nación y la importancia del mito de la guerra revolucionaria, dependiente del activismo en política. La idea de transformar la guerra en revolución era «*absolutamente coherente*» con «*el voluntarismo y el activismo característicos del sindicalismo revolucionario*». La evolución de Mussolini fue interpretada por Sternhell en la lógica de una revisión antimaterialista del socialismo. Criticando la lectura defeliciana de un Mussolini socialista durmiente, el historiador israelí consideró que el fundador de *Il Popolo d'Italia* era ya, después de la salida del PSI, «*un socialista nacional, antiliberal, antimarxista*».³⁶ Probablemente la clave es ésta: la unión de muchos factores presentes ya en la manera de concebir la política durante la militancia socialista/comunista (el anticapitalismo, el activismo, el mito de la revolución, el odio por la democracia liberal y el parlamentarismo, la importancia otorgada a las élites) con el concep-

³⁴ Archivio Centrale dello Stato (ACS), Segreteria Particolare del Duce, Carteggio Riservato, 1922-1943, leg. 74, carp. H/R, Bombacci Nicola, Carta de Nicola Bombacci a Costanzo Ciano, 11 diciembre 1935.

³⁵ Carta de Nicola Bombacci a Giuseppe Giuliotti, 9 abril 1942, citada en Guglielmo Salotti. *Nicola Bombacci...*, cit., p. 70.

³⁶ Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri. *Nascita...*, cit., p. 238, 300. [La traducción al castellano es mía]

to de nación (que sustituye al internacionalismo), en determinados momentos históricos, generalmente marcados por la guerra (militar y/o política). Todo esto dentro de una revisión del marxismo de tipo antimaterialista.

Según Sternhell, tanto Gustav Hervé y Jean Allemane como Henri De Man y Marcel Déat pueden incluirse en esta lectura, que entiende el fascismo sobre todo como un fenómeno cultural; es decir, como «*un rechazo de la racionalidad democrática, liberal y marxista, al oponerse in toto a cualquiera concepción de la sociedad de tipo mecanicista o utilitarista*». Según el historiador israelí, la fuerza de atracción que ejerció el fascismo dependió en gran parte de su «ideología de ruptura» con el *status quo*, pero también de la «*voluntad de ver una civilización heroica levantarse encima de las ruinas de una civilización despreciablemente materialista, gracias a una humanidad nueva, activa, dinámica*», de la presencia de una fuerte «componente elitista» en la ideología fascista —procedente de Nietzsche, Pareto y Sorrel— y del voluntarismo entrelazado a la «función pedagógica del mito». Según Sternhell, «la rebelión antimaterialista» —empezada como crítica del marxismo y continuada con la introducción en el marxismo de elementos irracionales— produjo una total modificación de la naturaleza del marxismo, del cual, al final de la revisión, quedó solo «la componente activista» que permitió la unión con el activismo del nacionalismo. La síntesis de este encuentro produjo la convicción de que «*la clave para la resolución del problema social no está en la lucha de clases sino en la unidad orgánica de la nación*».³⁷ Aquí, estamos convencidos, se encuentra el nudo de la cuestión. Y esta interpretación no vale sólo para el caso italiano, tanto para los sindicalistas revolucionarios y para Mussolini como para Bombacci y otros socialistas y comunistas. Puede ser adaptable también al caso francés y al caso español, como demuestran los casos de Paul Marion y Óscar Pérez Solís.

POR ÚLTIMO. MÁS ALLÁ DE BURRIN Y DE STERNHELL: LA PASIÓN POLÍTICA

Volvemos por un momento al título de este artículo e intentamos cerrar el rompecabezas. Traidores, conformistas y apasionados de la política. De los primeros y de los segundos hemos hablado más arriba. Los terceros parece que tengan poco que ver con los tráfugas y con la misma historia de la política. Pero quizás no es así.

La pasión política puede ser, al contrario de lo que se suele pensar, una categoría y un prisma muy útil para facilitar la lectura de estas vidas y de la historia del siglo pasado. Es suficiente volver al pensamiento de Maquiavelo para darse cuenta de la importancia de las pasiones en la política, sin reducirlas a una especie de espontaneidad irracional. El autor de *Il Principe* fue el primer autor

³⁷ Zeev Sternhell, Mario Sznajder y Maia Asheri. *Nascita...*, *cit.*, p. 345-347. [La traducción al castellano es mía]

moderno que puso la cuestión de las pasiones en el centro de su pensamiento político, tanto que se podría considerar como el fundador de un pensamiento experimental de la política entendida esencialmente en un sentido pasional. Las pasiones no desaparecieron nunca del debate filosófico y político de la edad moderna y contemporánea. Sólo con volver a leer las bellas páginas de *Las pasiones del alma* de Descartes o seguir el hilo de las relaciones entre pasiones e intereses que reveló en el pensamiento moderno Albert O. Hirschmann.³⁸ Así hizo Gramsci, que volvió justamente a Maquiavelo, definiendo *Il Principe* como un libro de «passione politica immediata», un «manifiesto» de partido. El concepto crociano de la pasión como momento de la política fue resuelto por Gramsci a través de la identificación de política y economía:

«La politica è azione permanente e dà nascita a organizzazioni permanenti in quanto appunto si identifica con l'economia. Ma essa anche se ne distingue, e perciò può parlarsi separatamente di economia e di politica e può parlarsi di «passione politica» come di impulso immediato all'azione che nasce sul terreno «permanente e organico» della vita economica, ma lo supera, facendo entrare in giuoco sentimenti e aspirazioni nella cui atmosfera incandescente lo stesso calcolo della vita umana individuale ubbidisce a leggi diverse da quelle del tornaconto individuale».³⁹

Y como Gramsci, también Carl Schmitt y Jacques Derrida en el siglo pasado replantearon la cuestión de las pasiones en la historia y en el pensamiento. La pregunta a la cual intentaron contestar era la misma: ¿De quién ser amigos? ¿A quién se debe odiar? Pero fueron completamente opuestas las respuestas que dieron: para Schmitt la primera pasión era el odio, dentro de la lógica amigo/enemigo desarrollada por el jurista alemán; para Derrida la primera pasión era la amistad.⁴⁰

Con Valerio Romitelli estamos reflexionando sobre el peso y la importancia que las pasiones de la política tuvieron en el siglo pasado.⁴¹ Nada que ver con el idealismo o con una especie de neorromanticismo. Todo lo contrario. El estudio de las pasiones políticas se concibe como el estudio no de reglas, ni de fuerzas objetivas, sino más bien de la subjetividad, en el interior de sus energías materiales y de su hacerse, como enseñó hace medio siglo Jacques Lacan.

³⁸ El economista alemán puso de manifiesto la centralidad otorgada a las pasiones en la producción no solo de Maquiavelo, sino de algunos de los más conocidos fundadores del pensamiento racionalista occidental: Spinoza, Hobbes, Hume, Montesquieu, Sir James Stewart y el mismo Adam Smith. Véase Albert O. Hirschmann. *The Passions and the Interests. Political Arguments For Capitalism Before Its Triumph*. Princeton: PUP, 1977.

³⁹ Antonio Gramsci. *Note sul Machiavelli, sulla politica e sullo Stato moderno*. Turín: Einaudi, 1966, p. 12, 119.

⁴⁰ Carl Schmitt. *Le categorie...*, p. 117; Jacques Derrida. *Politiques de l'amitié*. París: Editions Galilée, 1994.

⁴¹ Véase Valerio Romitelli. *Il secolo dei partiti*, en Id. *Storie di politica e di potere*. Nápoles: Cronopio, 2004, p. 23-80 e Id. *Corpi delle passioni politiche. Una storia interrotta. Testo in 25 punti*. Inédito, 2009, p. 11.

Proponiendo una crítica de la tradición normativa y recuperando la tradición experimental, lo que se propone es una consideración de la política como la pasión que se atreve a experimentar en la realidad las consecuencias de una idea de amistad y de odio. Las pasiones poseen su lógica, son infinitas, pero enumerables; son variables, sus combinaciones son siempre imprevisibles y permiten considerar que el pensamiento político interviene en la política misma creando posibilidades desconocidas. Como pasión política no se entiende una pasión que surge espontáneamente, ni que depende de una lógica, sino que mana de un momento de «efervescencia» intelectual, utilizando un término de Durkheim; una idea de la cual se derivan las consecuencias prácticas, que debe tener dimensiones colectivas y que dura solo si se sabe desarrollar. Una pasión que es ideológica, pero al mismo tiempo profundamente real, como puso de relieve Alain Badiou.⁴²

Lo que intentamos subrayar no tiene nada que ver, como podría parecer, con una especie de culto de las pasiones políticas con un fin en sí mismo, neorromántico y neoidealista, un culto de la irracionalidad. Creemos que las pasiones no fueron algo puramente irracional opuesto a la racionalidad de los intereses, sino que ellas también fueron racionales. Se rompería entonces aquella ecuación según la cual los intereses son racionales, mientras que las pasiones, no teniendo un objetivo preciso, no lo son. Y se afirmaría, por el contrario, que las pasiones poseen una propia racionalidad interior. La pasión política no es entonces algo puramente platónico, desconectado del mundo, o algo neorromántico y neoidealista, sino algo tangible y real: la pasión por un cuerpo, que en el siglo XX, el siglo de los grandes partidos, no es otra cosa que la pasión por un partido. El partido no fue una mera representación electoral o de intereses económicos y de clase, sino esencialmente un cuerpo apasionado, constituido por el entusiasmo, basado en el voluntariado y la pura pasión. Y era justamente este cuerpo quien controlaba las pasiones; era el partido quien daba racionalidad a estas pasiones mediante un continuo juego de exaltación y control. El partido, consciente de que ciertas pasiones podían hacerle daño, intentaba controlar estas mismas pasiones, encauzándolas y evitando una corrosión del cuerpo, que debía mantenerse y conservarse. Se propone, en síntesis, lo que Antonio Gramsci había puesto de relieve hace casi un siglo: que la política se identifica con la economía, pero que también se diferencia de ella, dando la posibilidad de hablar de pasión política.

Los dirigentes políticos aquí estudiados declararon abiertamente la importancia que las pasiones tuvieron durante su itinerario político y subrayaron también, directa o indirectamente, la centralidad de las pasiones en la historia. No pusieron de relieve la centralidad de las pasiones en la política sólo como un fenómeno irracional y autorreferencial, sino como un fenómeno racional que gracias al cuerpo del partido podía obtener esta racionalidad y mantenerla en el remolino de la historia. Claro está que los tráfugas no fueron los únicos que demostra-

⁴² Alain Badiou. *Il secolo...*, cit., pp. 39-84.

ron el peso y la importancia de las pasiones en la política de la primera parte del siglo XX. Pero no cabe duda de que fueron un caso peculiar: al no querer renunciar a la pasión política que habían expresado en el partido comunista y/o socialista (y que estos partidos habían sabido –no sin contradicciones– canalizar y racionalizar), los tráfugas decidieron mantener esta pasión, pervirtiéndola, modificando su significado y cambiando su dirección, hasta convertirla en una pasión que se expresaba en el único partido existente (que canalizaba y racionalizaba esta pasión), después de que el fascismo llegó al poder en Italia, España y Francia en 1922, 1936 y 1940, respectivamente. La diferencia entre estos diferentes cuerpos es de todos modos evidente: si los partidos socialista y comunista eran los cuerpos de un amor de justicia social –aunque cruel en algunos casos–, los partidos fascista y nazi eran cuerpos que volvían a dar vida a la camaradería guerrera que amaba el odio y se identificaba solo como enemigo de enemigos. La problemática de las pasiones políticas contempla entonces una condena sin apelación y sin atenuantes del fascismo y del nazismo justamente por la primacía absoluta otorgada a la muerte y al exterminio de enemigos.